

22 Años Después

Fidel Castro en México

Por MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA

A CASO sean comprensibles las razones por las que el comandante Fidel Castro no será recibido en la sala de nuestra casa, sino en una de las trastiendas. La dimensión histórica del personaje y la venturosamente sostenida relación del Gobierno que encabeza hace 20 años con el de México autorizarían, sin embargo, su presencia en la capital y no sólo en Cozumel, durante poco menos de treinta horas.

De cualquier modo, ni siquiera esa reticencia disminuye la significación de la visita del jefe de la revolución cubana. La implantación del socialismo por la vía revolucionaria, a pocas millas de distancia de la sede del Imperio encierra desde hace dos décadas varias lecciones, algunas de las cuales conciernen directamente a nuestro país. Aludimos a la proximidad geográfica porque el fatalismo territorial nos lleva con más frecuencia de la necesaria y en niveles más altos que lo deseable a desestimar toda posibilidad de cambio social dirigido hacia la justicia en nuestro país. Y no es que, naturalmente, proclamemos la conveniencia de seguir mecánica y servilmente los pasos de los revolucionarios cubanos, pero sí hemos de insistir en que nuestra vecindad con Estados Unidos no tiene por qué convertirse, por ella misma, en un factor imbatible para nuestro progreso en libertad.

Es claro que nadie en su sano juicio puede proclamar que el régimen cubano es impecable, químicamente puro, puesto a salvo de toda desviación. Como todo proceso social, el que allí se ha escenificado desde 1959 resulta de ingredientes que se entrelazan de manera complicada y no pueden ser examinados linealmente. La existencia de presos políticos, el forzamiento a algunos intelectuales para que canten la palinodia, la dependencia respecto de la URSS, las dificultades para la ruptura del monocultivo y el cumplimiento de las metas de los planes económicos suelen ser citadas entre las notas adversas al sistema imperante en Cuba, y subrayadas por quien tiene interés en impedir que un régimen análogo pueda ser instaurado en cualquiera otra nación latinoamericana.

Es perfectamente posible admitir que en los terrenos anotados, y aun en otros, el socialismo cubano no sea un régimen perfecto. Ningún sistema social lo es. Menos puede serlo éste que ha sufrido asedios destinados a cancelarlo, sin que sus adversarios fuesen nunca refrenados por ningún género de escrúpulos. Si aun imaginando el imposible surgimiento de una organización social propiciada por los mejores augurios y los más eficaces apoyos, estarían en ella presentes factores de descomposición que sólo en la utopía pueden evitarse, todo examen de la revolución cubana, para no incurrir en la deshonestidad, ha de tener presente el cúmulo de obstáculos que se le ofrecieron a su desarrollo, así como no perder de vista el punto del que partió ese régimen, hace 20 años.

Cuba era un enorme burdel, un casino inmenso, un sucio patio trasero de las peores porciones de la nación norteamericana. Algo hizo ya la revolución de manera irreversible: devolvió la dignidad a los cubanos, como lo reconocen hasta enemigos de las economías centralmente planificadas. Por lo demás, en cuatro lustros, que es un término históricamente brevísimo, ese Gobierno no ha hecho sino sentar las bases de la futura prosperidad libre de la isla antillana. La gestión económica del Gobierno no puede ser enjuiciada fuera de contexto: ¿dónde está el país latinoamericano, de condiciones semejantes a las de Cuba, que en ese lapso haya favorecido más el desarrollo de sus habitantes?

Un dato que he escuchado de manera reiterada en boca de quienes han visitado la isla —e incluyo entre esos testimonios los de una media docena de personas por lo menos conservadoras—, consiste en la eficaz siembra, fisiológica y cultural, que ha hecho el Gobierno de La Habana al concentrar su atención en los niños, proveyéndolos de leche y de escuela.

Por esas razones, por su talla histórica, y por la ejemplar rebeldía que encabezó contra un destino ominoso, por mi parte doy la bienvenida al comandante Castro.